

Editorial

Abriendo nuestro cuarto año de continuidad editorial presentamos en este número una serie de trabajos, como siempre, relacionados a la intensa actividad de los jesuitas en Iberoamérica y sus especiales relaciones con los americanos, en un contexto poco favorable para estos últimos. Sin embargo, la conexión entre ambos fue el momento más significativo de la historia colonial, pues se despertó una particular conciencia mutua frente al “otro”, con todas las connotaciones que lleva implícito no solo para la vida cristiana.

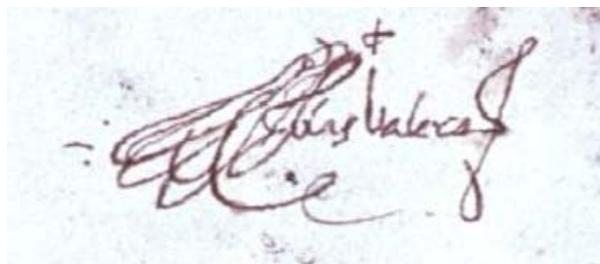
Los tres primeros trabajos son de destacadas investigadoras de Brasil que han abordado diferentes problemáticas historiográficas. Son del caso las profesoras de la Universidad Salgado de Oliveira: Marcia Amantino y Marieta Pinheiro de Carvalho, que nos llevan a la época pombalina del mundo luso-brasileño. Abordan el tema de la expulsión de los jesuitas de Brasil en 1759 y uno de los puntos que consideran importante para justificarla. Es decir la posesión de amplias riquezas que acumuló la Compañía de Jesús. Pero aquí, verifican el real poder financiero de esa “fortuna”, y cómo actuaba en su jurisdicción.

El segundo artículo cambia la temática radicalmente y fue escrito en conjunto por las profesoras de la Universidad Federal do Maranhão: Regiane Aparecida Caire Silva y Marília Martha França Sousa. El estudio se centraliza en la importancia de las prácticas artísticas que desarrollaron los jesuitas de São Luís do Maranhão. Especialmente en la Catedral de Sé, originariamente la iglesia de Nuestra Señora de Luz del colegio ignaciano, comenzada a construir en el siglo XVII. Para la expulsión, su función cambió a Palacio Episcopal y Catedral. Con este nuevo destino los edificios soportaron intervenciones significativas y hasta drásticas -expresan las autoras- fundamentalmente en tiempos de la conmemoración del primer Centenario de la Independencia de Brasil en 1922. De tal manera que la investigación resalta la existencia actual de un solo elemento original de aquella iglesia jesuítica. Nos referimos a un retablo aún existente, además dan noticia de una pintura que estuvo en la iglesia hasta el inicio del siglo XX, y que lamentablemente ha desaparecido con las reformas aplicadas en el edificio en aquella época.

La trilogía *brasílica* concluye con el artículo titulado: “Sinais do tempo. Experiências antijesuíticas nas primeiras décadas do século XX no Rio Grande do Sul e na Bahia (Brasil)”, que es parte de un trabajo mayor del programa de graduación en historia de la UNISINOS y fuera presentado un informe preliminar en el XVI Simpósio Internacional IHU de aquella universidad (2014). Sus autoras son las doctorandas Alba Cristina Couto dos Santos Salatino y Helenize Soares Serres. Vuelven con el tema de la expulsión promovido por los borbones, con la complicidad de una serie de adeptos que llevaron adelante con firmeza su ejecución, además de crear el clima necesario para lograr los consensos necesarios. Es del caso del marqués de Pombal que protagonizó el

antijesuitismo en Portugal, utilizando todos los argumentos que se presentaran para defenestrar a sus religiosos enemigos. Las autoras presentan los casos de Rio Grande do Sul y de Bahía y la experiencia de las primeras décadas del siglo XX en cuanto a la persistencia de un mito, manifestado en diferentes formas, dentro de la sociedad brasileña.

La doctora de la Universidad de Bologna, Laura Laurencich Minelli, nos trae las figuras y obras de tres jesuitas, el peruano P. Blas Valera (1545-1618), el H. Juan Antonio Cumis (1537-1618) y el famoso historiador, también italiano como este último, P. Anello Oliva (1574-1642). El primero, con una vida realmente novelesca, pues supuestamente al proponer crear un Estado cristiano incaico, el reino del Paititi, con plenos poderes del Inca, fue desterrado de la Compañía de Jesús por el general Aquaviva. En Italia fue dado oficialmente por “muerto” en Cádiz en 1597. Pero, con el conocimiento de quien años después fue general, el P. Muzio Vitelleschi, cambió su identidad por el nombre Ruruiruna y volvió al Perú, escribiendo documentos que dan a conocer eventos que contrastan con la historia oficial hispana, como por ejemplo la victoria de Cajamarca, que en realidad no había sido lograda por el honor de las armas sino porque envenenaron el vino que le dieron a las huestes de Atahualpa. Pero Laurencich, que ha escrito profusamente sobre estos jesuitas, que incluso usaron a Guaman Poma como pantalla para escribir al Rey y sobre estas las reveladoras obras que nos traen la evidencia de dos documentos hallados en archivos italianos. Uno del P. Valera y el otro de los italianos Cumis y Oliva, donde describen que los quipu de los Incas eran, no un mero sistema contable, sino sobre todo un medio de comunicación que seguiría siéndolo para la valerana utópica nueva “nación Inca-Cristiana del Paititi”.



Firma del P. Blas Valera inserta en su representación del Paititi R(ectum)

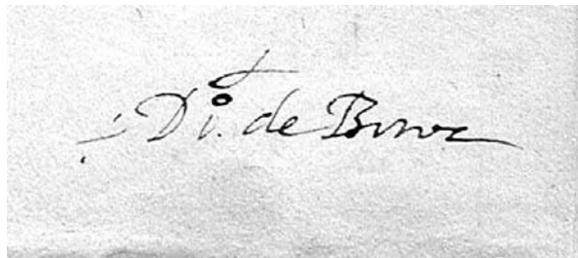
Finalmente en la sección Artículos, el arquitecto y doctor en Historia Norberto Levinton de la Universidad del Salvador, nos trae la llegada de los jesuitas a Montevideo y el escenario urbano donde les tocó levantar su iglesia y colegio. Sitio que se convirtió en teatro fundamental de la vida urbana, pues al encontrarse en la Plaza Mayor compitió en jerarquía con el poder civil que representaba el Cabildo. El proyecto del edificio jesuítico, del arquitecto coadjutor español Antonio Forcada, resaltaba más su nivel al ser un experimentado profesional que ya había realizado obras antes de llegar a Buenos Aires en 1745. Levinton analiza el proyecto arquitectónico propuesto, el perfil cultural de los vecinos y la estructura de la ciudad, comparándolo dentro de una serie de realizaciones del mismo jesuita, quien insistentemente incursiona en la arquitectura mudéjar canaria.

Para la sección de Notas y Comunicaciones presentamos los trabajos de dos doctorandas: Gabriele Rodrigues de Moura de la Univesidad del Vale do Rio dos Sinos (UNISINOS) y Silvana M. Lovay de la Universidad del Salvador (USal). Rodrigues de Moura presenta uno de los tantos conflictos que tuvieron los jesuitas del Paraguay, en este caso con el obispo franciscano don Bernardino de Cárdenas, quien no inicia ni culmina el antijesuitismo de todos los tiempos, sino que fue una pieza más, aunque fundamental, de la intolerancia desatada hacia los ignacianos, desde que se embanderaron en contra del servicio personal, allá desde el desembarco del P. Nóbrega

en las costas del Atlántico en 1549. Al punto que fue el único obispo en la historia de la Iglesia Católica capaz de incendiar una iglesia, precisamente la de Asunción, levantada con el colegio, aún antes de crearse la provincia del Paraguay. Pues el artículo analiza las expresiones utilizadas para adjetivar a la Compañía de Jesús en la construcción y difusión de la imagen antijesuita que lograron serias consecuencias que tuvieron onda repercusión que alcanzó la misma sede pontificia. Y que incluyó una serie de infundadas acusaciones sobre el carácter hereje del catecismo que llevaban a cabo los jesuitas.

Silvana M. Lovay nos trae un trabajo enmarcado dentro de un proyecto del programa “Antiguos jesuitas en Iberoamérica”, del CIECS/CONICET, que discurre sobre la importancia que tuvieron los jesuitas de la Asistencia de Portugal como iniciadores de la evangelización en Paraguay, dando paso a la continuidad de los jesuitas españoles llegados luego de la creación de la provincia. En este caso analizando a uno de los primeros historiadores, contemporáneos al P. Juan Pastor y a aquellos pioneros de las iniciales reducciones. Nos referimos al P. Diego de Boroa, en casi medio siglo de actividad pastoral en la región, incursionó sobre todo en el género biográfico, a través de distintos recursos que van desde extensas biografías como la del P. Lorenzana, Cartas de Edificación como la del P. D’Aragona y en un proyecto de menologio de los misioneros del Paraguay. Pero circunstancialmente y a pedido del P Diego de Torres escribió una autobiografía, que Lovay encuadra dentro de este género y que analiza como un único caso que se dio en particular en la provincia del Paraguay. El relato inédito hace hincapié en aspectos desconocidos desde su infancia hasta su llegada a Buenos Aires en aquel temprano 1610. Pero sobre todo de su compromiso cristiano, su devoción y principalmente y como señala la autora “su dedicación manifiesta en el otro, descubriendo de este modo su real vocación por los excluidos, mundo en el que se siente uno más entre de ellos”.

En el mismo proyecto de investigación, del que se trata de revalorizar la obra del P. Boroa, se inscribe el trabajo de Lucía Page, quien para la sección de Documentos Históricos, nos da a conocer el mencionado escrito, hasta ahora inédito, del P. Boroa sobre la vida del

Una imagen de una firma manuscrita en tinta sobre un fondo claro. La firma parece decir "D. de Boroa" con una inicial decorativa.

Firma del P. Diego de Boroa.

P. Alonso D’Aragona. Italiano de nacimiento quien ingresó a la Compañía de Jesús en Nápoles, llegando a Buenos Aires en la expedición que comandaba el P. Juan de Viana en 1617. Un notable misionero cuya biografía se incluyó en la Carta Anua del periodo 1628-1631 pero, como sabemos, es la parte final de la misma que se encuentra perdida. No obstante escribieron de él tanto Alegambre como Del Techo y muchos citan el manuscrito como si estuviera impreso, en el caso de Uriarte, León Pinedo y otros hasta mencionan a su autor el P. Diego de Boroa, como también Nicolás Antonio y De Becker, pero que en realidad se duda de la existencia de impreso alguno.

Finalmente y en la misma sección Ana E. Ceballos, Paola B. Cesano y Ma. Janet Martins Centro de Filología Clásica y Moderna de la Universidad Nacional de Villa María traducen un informe del P. Ladislao Orosz también, como el anterior, del centro documental y bibliográfico del mencionado programa del CIECS, que incluso hace posible esta revista. Mucho se ha escrito sobre el Tratado de Madrid y la Guerra Guaranítica, pero había pasado desapercibida esta nota que el jesuita húngaro envió a fines de su mandato al provincial Barreda, del que era su consultor, relatando las

consecuencias de la perjudicial permuta en la que debían abandonar sus casas siete pueblos misioneros. Lo hace con pleno conocimiento de los hechos ya que había sido procurador en Europa entre 1746 y 1749 en vísperas de la forma del Tratado ampliamente conocido en aquel continente.

Carlos A. Page